

II

DE CÓMO MARIO, SALIENDO DE LA GUERRA CIVIL,
SE DISPONE PARA LA GUERRA DOMÉSTICA

Mario permaneció mucho tiempo entre la muerte y la vida. Durante algunas semanas, tuvo fiebre, acompañada de delirio, y síntomas cerebrales de alguna gravedad, causados más bien por la conmoción de las heridas en la cabeza, que por las heridas mismas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras en medio de la locuacidad lúgubre que da la fiebre y con la sombría obstinación del agonizante. Lo ancho de ciertas lesiones fué un peligro serio, pues la supuración de las llagas podía siempre reabsorberse y matar al enfermo, existiendo ciertas influencias atmosféricas. A cada mutación de tiempo, al menor huracán, el médico se asustaba.

—Sobre todo, procurar que el herido no experimente ninguna emoción,—repetía.

Las curas eran complicadas y difíciles, pues en aquella época no se conocía aún el modo de fijar los aparatos y vendajes con el esparadrapo. Nicolasa gastó en hilas una sábana «del tamaño del techo», decía. Trabajo costó para que las lociones de cloro y el nitrato de plata impidiesen la gangrena.

Mientras duró el peligro, el señor Gillenormand, á la cabecera del lecho de su nieto, estaba como Mario, ni muerto ni vivo.

Todos los días, una y hasta dos veces, un caballero con el pelo blanco y decentemente vestido (tales eran las señas del portero) venía á saber del enfermo y dejaba para las curas un gran paquete de hilas.

Por fin, el 7 de septiembre, al cabo de cuatro meses, día por día, contados desde la fatal noche en que le habían traído moribundo á casa de su abuelo, el médico declaró que respondía de Mario.

Empezó la convalecencia.

Sin embargo, tuvo que permanecer aún más de dos meses tendido en un sillón, á causa de los accidentes producidos por la fractura de la clavícula. Hay siempre una llaga, la última, que no quiere cerrarse y que eterniza la curación con gran fastidio del paciente.

En cambio, aquella larga enfermedad y la no menos larga convalecencia, le libraron de las pesquisas judiciales. En Francia no hay cólera, aun siendo pública, que no se extinga á los seis meses. En el estado actual de la sociedad todos tienen su parte de culpa en los motines y, por lo mismo, todos sienten la necesidad de cerrar los ojos.

Bueno será añadir que el incalificable edicto de Gisquet, mandando á los médicos que denunciassen á los heridos, indignó de tal modo al público y al rey en primer lugar, que los heridos se encontraron cubiertos y protegidos por aquella indignación. Excepto los que habían sido cogidos en el sitio del combate, ninguno se vió inquietado por los consejos de guerra. Dejóse, pues, á Mario tranquilo.

El señor Gillenormand padeció al principio todas las angustias, para experimentar luego todos los éxtasis. Costó mucho impedirle que pasase las noches

enteras junto al herido. Mandó colocar su colosal sillón al lado de la cama de Mario, y exigió que su hija emplease el mejor lienzo de la casa en hacer compresas y vendajes.

La señorita Gillenormand, obrando como persona prudente, y ya mayor, halló medio de economizar el lienzo fino, dejando al abuelo en la creencia de que le obedecían. El señor Gillenormand no permitió le probasen que se sacan mejores hilas del lienzo burdo que de la batista, y del usado que del nuevo.

Asistía á todas las curas, que el pudor vedaba á la señorita Gillenormand presenciarse. Cuando se cortaban las carnes muertas con las tijeras, exclamaba: ¡Ay! ¡ay! Nada más interesante que verle dar al herido, con trémula mano, una taza de tisana.

Abrumaba al médico con preguntas, sin advertir que no hacía más que repetir siempre las mismas.

El día en que el facultativo le anunció que Mario estaba fuera de peligro, faltó poco al buen anciano para volverse loco. Dió tres luises de gratificación al portero. Por la noche, al entrar en su cuarto, bailó una gavota, imitó las castañuelas con los dedos pulgar é índice, y cantó las siguientes endechas:

Juana es el nombre
de la pastora
que ciego adora
mi corazón.

En sus pupilas,
en su garganta,
hasta en su planta
vive el amor.

De allí sus dardos
el Dios asesta,
y estro me presta
para cantar.

La sal y el garbo
con que á Diana
mi hermosa Juana
venciendo está.

Arrodillóse luego sobre una silla, y Vasco, que le veía desde la puerta á medio cerrar, no tuvo duda de que oraba.

Hasta entonces no había creído verdaderamente en Dios.

A cada nueva fase de la convalecencia, que iba notándose más y más, el abuelo hacía mil locuras. Ejecutaba multitud de acciones maquinales impregnadas de alegría; subía y bajaba las escaleras, sin saber por qué. Una vecina, no mal parecida por cierto, se quedó asombrada al recibir por la mañana un gran ramo de flores; el señor Gillenormand se lo había enviado, y el marido, ardiendo en celos, tuvo una seria explicación con su mujer. El señor Gillenormand se empeñó dos ó tres veces en sentar á Nicolasa sobre sus rodillas. Llamaba á Mario señor barón y gritaba:—¡Viva la república!

A cada instante preguntaba al médico:

—¿No es verdad que ya no hay peligro?

Miraba á Mario con ojos de abuela. Cuando comía, le contemplaba alelado. No se conocía, no hacía mérito de sí mismo para nada. Mario era el dueño de la casa; en el colmo de su júbilo había abdicado, viniendo á ser el nieto de su nieto.

Era el más venerable de los niños. Por miedo de fatigar ó de importunar al convaleciente, se ponía por detrás para prodigarle sus sonrisas. Estaba contento, gozoso, fuera de sí; había rejuvenecido. Sus cabellos blancos realzaban con suave majestad la lúcida alegría que brotaba de su rostro. Cuando la gracia se mezcla con las arrugas, es verdadera-

mente adorable. Hay no sabemos qué aurora en las dulces expansiones de la vejez.

En cuanto á Mario, mientras se dejaba curar y cuidar, no tenía más que una idea fija: Cosette.

Desde que estaba sin fiebre y, por consiguiente, sin delirio, no había vuelto á pronunciar este nombre; parecía que no pensaba ya en él, y precisamente su silencio provenía de lo contrario. Toda su alma se concentraba en este pensamiento: Cosette.

No sabía qué había sido de ella; los sucesos de la calle de la Chanvrerie vagaban como una nube en su memoria; los confusos nombres de Eponina, Gavroche, Mabeuf, los Thenardier y todos sus amigos, envueltos lúgubrementemente con el humo de la barricada, flotaban en su espíritu; la extraña aparición del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en una tempestad; no comprendía su propia vida; no sabía cómo ni por quién había sido salvado; tampoco lo sabían las personas que le rodeaban. Todo lo que pudieron decirle es que le habían traído de noche, en un carruaje de alquiler, á la calle de las Monjas del Calvario. Pasado, presente, porvenir; nieblas, ideas vagas en su entendimiento; pero en medio de aquella bruma había un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una cosa de granito, una resolución, una voluntad: encontrar á Cosette. Para él, la idea de la vida no era distinta de la idea de Cosette; y había decretado, en el fondo de su corazón, que no aceptaría lo uno sin lo otro. Su decisión definitiva é invariable consistía en exigir de cualquiera que quisiese obligarle á continuar viviendo, de su abuelo, de la suerte, hasta del infierno, la restitución de su Edén perdido.

No ignoraba las dificultades con que iba á luchar. Hay un pormenor que no debemos pasar en silen-

cio, y es que los cuidados y cariños de su abuelo no le cautivaban y apenas le conmovían. Por de pronto, no estaba en el secreto de todos; y luego, en sus meditaciones de convaleciente aun calenturientas quizá, desconfiaba de aquella solicitud como de una cosa extraña y nueva, encaminada á sojuzgarle. Mantenía-se, pues, frío. El abuelo prodigaba en vano sus octogenarias sonrisas. Mario decía para sí que el anciano seguiría tan complaciente mientras que el joven no hablase; pero que, en cuanto se tratara de Cosette, todo cambiaría de aspecto, y la verdadera actitud del señor Gillenormand aparecería sin halagüeños disfraces. Entonces el choque tendría que ser violento; recrudescencia de las cuestiones de familia, cotejo de posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones á la vez; Fauchelevent, Coupevent, la pobreza, la miseria, el último apuro, el porvenir. Resistencia tenaz, y por conclusión, la negativa. Mario procuraba parapetarse de antemano.

Y luego, á medida que iba cobrando fuerzas, renacían sus antiguos agravios, abríanse de nuevo las envejecidas úlceras de su memoria, pensaba en el pasado, el coronel Pontmercy se interponía entre él y el señor Gillenormand, y el resultado era que ningún bien podía esperar de quien había sido tan injusto y tan duro con su padre. Su salud y la aspereza hacia su abuelo seguían la misma proporción. El anciano lo notaba, y sufría sin despegar los labios.

El señor Gillenormand observaba también, aunque nada decía, que Mario, desde su vuelta al techo paterno, no había pronunciado una sola vez la palabra *padre*. Es verdad que no substituía la de *señor*; pero hallaba medio de no decir ni lo uno ni lo otro, dando cierto giro á las frases.

No cabía duda de que se aproximaba una crisis.

Como sucede casi siempre en tales casos, Mario, á

fin de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla.

Esto se llama reconocer el terreno.

Aconteció una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de un periódico que le vino á la mano, habló ligeramente de la Convención, y lanzó un epifonema realista contra Dantón, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres de 93 eran gigantes,—dijo Mario con severidad.

El anciano se calló, y no volvió á chistar en todo el día.

Mario, que tenía presente siempre al inflexible abuelo de sus primeros años, vió en aquel silencio una profunda concentración de cólera, auguró una lucha encarnizada y aumentó en lo recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

En caso de negativa, se arrancaría los aparatos, dislocaría su clavícula, dejaría al descubierto las llagas que aún estaban sin cerrarse y rechazaría todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Cosette ó la muerte.

Aguardó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos.

Este momento llegó.

III

MARIO ATACA

Un día el señor Gillenormand, mientras que su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinado sobre Mario, le decía con la mayor ternura:

—Mira, querido mío, en tu lugar preferiría ahora la carne al pescado. Un lenguado frito es bueno al principio de la convalecencia; pero después, al irse ya á levantar el enfermo, no hay como una chuleta.

Mario, que había recobrado ya casi todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró á su abuelo de frente, tomó un aire terrible, y dijo:

—Esto me pone en camino de participaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que quiero casarme.

—Lo había previsto,—dijo el abuelo soltando una carcajada.

—¿Cómo previsto?

—Sí, previsto. Tendrás tu chiquilla.

Mario, atónito y sin saber qué pensar, se sintió acometido de un temblor.

El señor Gillenormand continuó: